

DELITOS DE FAMILIA

Tove Alsterdal

Traducción de Julieta Brizzi

MÓTUS

FRENTE A ÉL SE ELEVABA la imponente sombra del Skuleberget, también conocido como “la montaña de los ladrones”. Por el rabillo del ojo, vislumbró un surtidor de gasolina y, luego, el bosque que continuaba. Tenía ganas de orinar desde hacía más de doscientos kilómetros.

Condujo hacia una carretera secundaria y salió a trompicones del coche hacia la cuneta de la carretera repleta de flores. Se dirigió hacia el bosque y se alivió.

Había algo en los aromas. En las flores a lo largo de la cuneta. La humedad de la hierba y la niebla del aire nocturno, los ranúnculos, los epilobios, los perifollos silvestres que crecían hasta un metro de alto. Quizás también hierba timotea.

El asfalto era irregular a causa de los baches y luego se transformaba en grava. En unos pocos kilómetros, podía girar a la izquierda y regresar a la carretera E4; no era un gran desvío. El paisaje se abría delante de él con sus verdes colinas y sus valles ondulados; tenía algo hermoso, como las suaves formas de una mujer cálida y rolliza.

Condujo a lo largo de granjas abandonadas y casas solitarias, de una laguna tan clara que el bosque reflejado se

confundía con el verdadero. Cada rama era igual a la otra. Una vez había subido una montaña y observado los interminables bosques del valle de Ådalen, y había comprendido que eran infinitos.

No circulaba ningún coche por la carretera cuando llegó al cruce de Bjärträ. Reconoció la casa amarilla de madera que tenía delante. Ahora solo se veían escombros tras el escaparate polvoriento, pero aún estaba el letrero; había sido una tienda de comestibles. Olof recordaba las golosinas de los sábados, el gusto de las ranas de gelatina y los peces de regaliz salado. Giró en la dirección equivocada, dirigiéndose más hacia el interior. De todos modos, podría llegar a los suburbios del norte de Estocolmo antes del amanecer; además, su jefe estaría durmiendo; nadie controlaba el reloj o el consumo exacto de combustible. Cincuenta kilómetros más no eran gran cosa. Olof podía culpar a las autocaravanas y a las obras viales; todos conocían el estado de las carreteras en Suecia durante el verano.

Justo en ese momento. A finales de junio.

Eran los aromas, era la luz, la boca se le secaba y se le entumecían las piernas, todo su ser sabía que había sido justo en ese momento. Cuando terminó la escuela y comenzó el aburrimiento de los días más largos del año, cuando fue expulsado para siempre. Olof lo recordaba como en una mugrienta penumbra, aunque debió de haber habido la misma luz que en ese momento, el eterno atardecer de verano, las brillantes horas de la medianoche cuando el sol apenas se sumerge en el horizonte.

Pasó por delante de algo que había olvidado, o en lo que ni siquiera había pensado. De todos modos, había estado allí todo el tiempo. La gran casa amarilla donde vivían los veraneantes con sus hijos, a los que no les permitían montar en bicicleta por los caminos. La construcción de estilo americano con un extraño porche y establos desde donde los caballos de carreras miraban atemorizados hacia el camino. Los fardos de heno envueltos en plástico, a los que se podía trepar y

jugar a ser el rey de la colina, y a la izquierda estaba el abedul; allí disminuyó la velocidad y se detuvo. Había crecido muchísimo. Las ramas se inclinaban hacia abajo formando nubes de hojas perennes que ocultaban los buzones.

Él sabía muy bien cuál era: tapa gris, el tercero de la fila. Asomaba un periódico. Olof salió del coche y se adelantó para leer el nombre.

Hagström.

Espantó a los mosquitos y sacó el diario *Tidningen Ångermanland*; había dos más debajo, doblados, así que no entraba del todo. Anuncios para la instalación de fibra de banda ancha, una factura del ayuntamiento de Kramfors. Alguien aún vivía allí, recibía la correspondencia, un periódico, pagaba el agua y la retirada de basura, o lo que fuera. Sintió un estremecimiento en el cuerpo cuando leyó el nombre del destinatario.

Sven Hagström.

Olof volvió a meter todo en el buzón. Sacó un bizcocho de chocolate de una bolsa que estaba en el suelo del coche para meterse algo en el estómago. Bebió un sorbo de una lata de bebida energética y mató los mosquitos que habían entrado. Uno ya le había picado; por el asiento de cuero se extendía una mancha roja. La limpió con una servilleta de papel y saliva. Luego siguió recorriendo lentamente el viejo sendero de tractores. La hierba de la franja central golpeaba el parachoques, el coche rebotaba en cada uno de los baches. Frente a Strinnevik y el cobertizo gris que se vislumbraba entre la vegetación, donde una colina bajaba y subía, llegó a la parte más alta, donde terminaba la oscuridad del bosque y la naturaleza se abría de par en par hacia el río y la vastedad. Olof no se atrevía a mirar. Vio la casa roja de reojo. Giró al final del camino y regresó lentamente.

Los colores de la pintura alrededor de las ventanas parecían gastados. No veía ningún coche, pero podía estar en el garaje. La hierba estaba alta alrededor del cobertizo de leña,

se mezclaba con ramas que sobresalían y pronto se convertiría en un matorral.

Olof no sabía por qué había creído que estaría diferente; abandonada y derruida, o tal vez que hubiera sido vendida a alguna persona extraña que se habría mudado allí.

Claramente no había sido así.

Frenó detrás del contenedor de basura y apagó el motor. Los dientes de león brillaban amarillos sobre la hierba. Recordaba la fuerza con la que debía tirar de la azada para arrancarlos de raíz para que no volvieran a crecer; en su recuerdo, sus manos eran pequeñas. Observó su mano robusta, que giraba la llave.

El sol se elevaba sobre las copas de los árboles. Los rayos se reflejaban en el espejo retrovisor y lo cegaban. Entrecerró los ojos. Y la vio delante de él, o dentro de él, estaba claro dónde estaba, así la había visto una y otra vez, noche tras noche, durante todos estos años; si no se quedaba dormido de pronto, borracho como una cuba, exhausto, medio muerto, así la veía siempre, una y otra vez, camino hacia bosque. Caminaba por fuera y por dentro de él. Tan cerca, no muy lejos de allí, hacia el río.

Esa mirada cuando giró hacia el sendero. ¿Le sonreía especialmente a él? ¿Lo saludaba? ¡Ven aquí, Olof, ven! ¿Era de verdad para él?

Y hay voces que lo rodean, y el olor a gasolina de las motos que rugen, el humo que mantiene alejados a los mosquitos.

Mira, Olof, ya casi la tienes. Vete ya mismo detrás de ella. Lina no es ninguna mojigata. ¡Vamos, ya ves cómo le gusta! ¿O es que eres un marica?, ¿lo eres, Olof?, ¿has besado a una chica alguna vez o solo besas a tu mamá?

¡Vamos, Olof, hazlo de una vez! Nunca lo has hecho, ¿verdad? Solo tienes que deslizar tu mano bajo su camiseta, se hace así, excítalas antes de que puedan pensar demasiado.

Oía las voces en su cabeza mientras recorría el sendero. Su falda que se agita delante, el suéter amarillo entre las ramas. Lina.

Brazos aterciopelados, con aroma a ortiga, risueña, matorrales ardientes bajo las pantorrillas, nube de mosquitos y tábanos, sangre sobre un brazo donde él mató a un insecto, de un solo golpe, y ella se rio, gracias, Olof, eres un héroe. Sus labios están allí, tan cerca. Él piensa en su suavidad, como la del musgo, húmedos, que lo succionan mientras se hunde. Mete la lengua antes de que ella pueda hablar, escuchó que decían. Una parte de ti quiere quedarse a conversar toda la noche, pero no lo hagas, solo os haríais amigos. Pon las manos en sus tetas, pellízcalas y juega con ellas, también les gusta que les chupen los pezones, hazlo y lo habrás logrado, te lo prometo, pero no debes dudar, las niñas aprenden a negarse y a cerrarse de piernas aunque estén mojadas y calientes y sueñan con eso, pero no puedes únicamente sacudírtela delante de ellas, debes hacerlo a su manera. Mete los dedos y empújalos dentro de la vagina, luego tendrás vía libre para todo, ¿comprendes?

Y Olof se ha caído de cabeza sobre las ortigas y ella está sobre él, ella está en todas partes.

No había aire en el coche, solo agobio y calor; debía salir. La niebla de la mañana cubría la bahía con su velo estático. Del otro lado del río se elevaban las montañas eternas; desde la fábrica de Vāja subían las columnas de vapor. En silencio percibió el susurro de los álamos en un viento tan débil que no se sentía, zumbidos de abejorros que bregaban entre altramuces y manzanillas. Luego escuchó un gruñido. Un lamento como el de un animal herido o en problemas.

Venía de la casa. Olof intentó volver con sigilo sobre los pocos pasos que lo separaban del coche sin que el perro se diera cuenta de su presencia, pero con su complexión, era imposible que la hierba y las ramas no se quebraran bajo su peso. Oía su propia respiración, que era aún más fuerte que el zumbido de los insectos; y, por supuesto, el perro también la oyó y comenzó a ladrar como un loco dentro de la casa. Aullaba y arañaba,

azotaba una pared o una puerta. Le hizo recordar el ladrido de los perros de caza; cómo se arrojaban contra las vallas de las jaulas cuando pasaba delante de ellos con su bicicleta por el sendero. Los perros de la policía. Cuando los soltaron en manada hacia el río para olfatear las huellas de Lina; los ladridos que se oyeron en la distancia cuando encontraron sus cosas.

Debía entrar en el coche y alejarse de allí, rápido, antes de que el viejo se despertara y viera su silueta en el jardín. ¿Cogería la escopeta de caza, la que a él, a Olof, le había permitido tener en sus manos, pero que nunca era lo suficientemente vieja como para que la pudiese disparar? Los muebles y los colores rodaban en su recuerdo, la escalera pintada de verde, el papel pintado con motivos florales, la cama de allí arriba, bajo el techo inclinado, que era la de Olof.

Luego vio que corría el agua, lentamente, por un lado de la fachada. ¿Se habría roto una tubería? ¿Y por qué estaba el perro encerrado? Por cómo se oía, no estaba en el pasillo de la entrada principal, lo cual habría sido lo más natural para un perro de caza, o para cualquier perro; los ruidos llegaban de más lejos. Desde la cocina, quizás, situada al otro lado del vestíbulo. Olof se imaginó un panel celeste frente a él, las alacenas pintadas de blanco, un guiso sobre la cocina.

El perro debía de estar solo. No podía existir ninguna persona que durmiera tan profundamente.

Recordó la piedra, la redonda, que estaba en una esquina de la casa. Se arrastraron algunos ciempiés cuando la levantó. La llave aún estaba allí.

Era difícil acertar en el ojo de la cerradura porque le temblaban las manos. Olof no tenía ningún derecho a abrir esa puerta. “Debes saber que ellos han rechazado cualquier contacto contigo”.

Lo recibió el olor especial de la casa, la sensación de ser niño otra vez. El cuadro del anciano de grandes bigotes que miraba hacia abajo, un primer ministro de hacía cien años; se veían

cara a cara otra vez. Estaba el banco con cojines rellenos para quitarse los zapatos, las alfombras que había tejido la abuela. Casi no se veían por todos los objetos que yacían desordenados unos sobre otros; herramientas y utensilios formaban un pequeño corredor a través del vestíbulo, cajas con latas vacías y botellas. Su madre nunca habría permitido que todo estuviera así de desordenado.

Las zarpas arañaban y golpeaban la madera. Olof tenía razón: el perro estaba encerrado en la cocina. Había una escoba encajada en la puerta. Nadie debería haberle hecho eso a su perro, por muy atormentado que lo tuviera su dolor interior.

Quitó la escoba que cerraba la puerta de la cocina y se escondió detrás cuando la abrió. Si era necesario, llevaría la escoba en alto para protegerse de sus mandíbulas, pero el perro huyó, como un negro fantasma que corría hacia su libertad. Sintió un hedor a orina y mierda repugnante; el pobre perro había tenido que hacer allí sus necesidades.

Luego vio que el agua salía del baño. Se escurría por debajo de la puerta, mojaba las alfombras de la sala de estar y formaba pequeños ríos y lagos sobre el suelo de linóleo color café.

La pequeña arandela del picaporte del baño estaba blanca, no roja como cuando estaba ocupado. Olof había aprendido a encerrarse allí, con sus revistas; debía hacerlo cuando su molesta hermana mayor le gritaba que quería entrar.

Abrió la puerta y la cascada le cubrió los zapatos. Flotaban una esponja, suciedad, restos de cabello y moscas muertas. La cortina a rayas estaba arrancada. Olof sentía cómo el agua fría le mojaba los calcetines. Lo menos que podía hacer era cerrar el grifo antes de salir de allí, para que no se viniera abajo toda la casa. Apartó la cortina de la ducha.

Allí había una persona. Un cuerpo retorcido, casi caído sobre sí mismo, sentado sobre una extraña silla. Olof no podía comprenderlo. El anciano estaba allí, encorvado, completamente blanco. El sol entraba por la ventana y hacía brillar su

piel, que centelleaba casi como las escamas de un pez. Mechones de cabello habían quedado adheridos al cráneo. Olof se las ingenió para dar un paso más y llegar al grifo, y la ducha finalmente dejó de correr.

Lo único que se escuchaba era su propia respiración y las moscas que golpeaban contra la ventana. Cayeron las últimas gotas de agua. No quería ver más y, sin embargo, no podía apartar los ojos. El cuerpo desnudo atraía su mirada, que se quedaba fija. Tenía la piel hinchada, parecía casi suelta, y manchas verdosas se extendían por la espalda. Olof se sujetó del lavabo y se inclinó hacia delante. No podía ver los ojos del hombre, pero sí el bulto en la mitad de su enorme nariz a causa de un golpe que había tenido jugando al *hockey* en sus años de juventud. Miró su pene, torcido como un gusano entre las piernas.

Entonces, el lavabo se soltó de la pared. Un violento estruendo, como si la casa se estuviera resquebrajando, y perdió el equilibrio. Chapoteó sobre el agua y se golpeó la cabeza con la lavadora, resbaló cuando quiso incorporarse.

Salió del baño gateando y se puso de pie.

Debía salir inmediatamente.

Cerró la puerta de entrada. Puso otra vez la llave donde había estado antes, bajo la piedra, y se dirigió hacia el coche lo más rápido y normal que pudo; encendió el motor y, cuando dio marcha atrás, golpeó el contenedor de basura.

“Muchos ancianos mueren de esa forma”, pensó mientras el coche se alejaba y su corazón latía tan fuerte que podía escucharlo. Sufren un ataque cardíaco o un derrame cerebral, se caen y mueren. No es algo que preocupe a la policía. Muchos están solos, algunos son encontrados años después.

¿Pero por qué dejó encerrado al perro?

Olof frenó. Allí estaba, en medio del camino, justo delante. Diez metros más y habría atropellado al pobre diablo. La boca

abierta y la lengua fuera, peludo y ansioso, y completamente negro. Parecía el resultado de una mezcla entre perros salvajes del bosque. La cabeza de un labrador y el pelaje de un terrier cimarrón; tenía las orejas levantadas.

Olof aceleró. Tenía que devolver el coche, un hermoso Pontiac, un verdadero hallazgo; debía aparcarlo frente al garaje del jefe muy pronto, con las llaves ocultas en el lugar de siempre.

El perro no se movía.

Si hacía sonar la bocina, los vecinos podrían oírlo y sacar sus propias conclusiones; entonces, se bajó y lo ahuyentó. El perro lo miraba.

—Vete de aquí, maldito demonio —dijo entre dientes, y le arrojó un palo.

El perro lo atrapó en el aire y corrió hacia él, lo soltó a sus pies y agitó el rabo como si la vida fuera un puto juego. Olof lanzó el palo lo más lejos que pudo hacia el bosque. El perro corrió a través de los arbustos de arándanos azules. Estaba a punto de entrar en el coche, cuando escuchó pasos detrás de él, en el camino.

—Bonito coche —canturreó una voz—. No es precisamente lo que uno espera ver en este pueblecito.

Un hombre se acercó con pasos ligeros. Vestía pantalones cortos, una camiseta y zapatillas blancas de deporte. Le dio una palmada a la puerta trasera como si fuera un caballo.

—¿Tengo razón si digo que es un Trans Am, tercera generación?

Olof estaba parado, con un pie dentro del coche y el otro fuera.

—Mmm, del ochenta y ocho —murmuró señalando la pintura—. Voy a Estocolmo. A Upplands Bro.

Quería decirle que tenía prisa y debía irse antes de que empezaran los atascos de verano; era viernes y encima la Noche de San Juan, habría colas en todas partes y, para colmo, había

avisos por obras en ambos carriles entre Hudiksvall y Gävle, pero no pudo escoger las palabras y no dijo nada. Además, el perro regresó con el palo y lo empujaba con el hocico.

—Entonces, ¿no está a la venta?

—No es mío. Solo lo conduzco.

—Y ha llegado hasta aquí.

El hombre sonrió, pero Olof comprendió lo que había en su voz, detrás de la sonrisa; siempre había algo más allí.

—Solo iba a orinar.

—¿Y entonces eligió este camino? Perdón que pregunte, pero hemos tenido problemas antes, bandas de asaltantes que desvalijan las cabañas; al vecino de aquí cerca le robaron el cortacésped. Nos ayudamos vigilando los coches extraños y cosas por estilo.

El perro sintió el olor de la bolsa de comida e intentó llegar hasta el coche pasando entre sus piernas. Le cruzó por la mente el desorden en la cocina, los envases tirados por el suelo; debió de haber luchado para encontrar comida en los armarios.

Olof lo sujetó por la piel de la nuca, el perro gruñó y logró soltarse.

—¿Es suyo?

—No, yo... Estaba en el camino.

—¿No es el perro de Sven Hagström? —El hombre se dio la vuelta y miró hacia la casa, que aún se veía entre las ramas.

—¿Está él en casa?

Olof buscó las palabras. La verdad. La ducha que corría y corría, cómo se disolvía la piel blanca frente a sus ojos. La llave bajo la piedra. Carraspeó y se agarró de la puerta.

—Sven está muerto.

Algo se movió en su interior y le encogió la garganta cuando lo dijo, como si alguien tirara del nudo de una cuerda. Debía decir algo más, pues el hombre había retrocedido unos pasos y observaba el número de la matrícula. Olof vio que tenía un móvil en la mano.

—La llave estaba bajo la piedra —dijo—. Iba a soltar al perro... Solo estaba conduciendo por aquí.

—¿Quién es usted? —El hombre tenía el teléfono delante. Se escuchó un clic y luego otro. ¿Había tomado una foto del coche y de Olof? —Estoy llamando —dijo el hombre—. Estoy llamando ahora mismo a emergencias.

—Es mi padre. Sven Hagström.

El hombre miró al perro y a Olof otra vez. La mirada penetró las capas de ese ser en el que se había convertido.

—¿Olof? ¿Tú eres Olof Hagström?

—Iba a llamar, pero...

—Me llamo Patrik Nydalen —dijo el hombre, y retrocedió unos pasos más—. Quizás no me recuerdes; soy el hijo de Tryggve y Meján, de allí arriba. —Señaló el camino, en dirección hacia la granja que estaba sobre el bosque y que Olof no veía, pero sabía que se encontraba en un claro cuando se tomaba el atajo hacia los senderos de las motos de nieve—. No puedo decir que te recuerde; solo tenía cinco o seis años...

En el silencio, Olof podía ver cómo se apresuraban los pensamientos dentro de esa cabeza rubia; le brillaron los ojos cuando recordó. Todo lo que le habían contado durante estos años.

—Puedes contarle tú mismo al servicio de emergencias lo que ha ocurrido —continuó—. Marco el número y te doy el teléfono, ¿vale? —El hombre estiró el brazo hacia él para no acercarse—. Es mi teléfono personal, pero también llevo el del trabajo; siempre lo hago.

El perro se había subido al coche, tenía el hocico metido en la bolsa y la movía hacia todos lados.

—También puedo llamar yo —dijo Patrik Nydalen, y volvió a retroceder.

Olof se hundió en el asiento. Recordaba que había varios niños allí en la granja de los Nydalen. ¿No tenían conejos? En una jaula detrás de la casa, donde una vez se escabulló de

incógnito para abrirla, una noche de verano, los atrajo con hojas de diente de león hasta que lograron salir. Quizás los atrapó un zorro.

Quizás vivían libres, finalmente.